

11 de agosto 1981

EXCELSIOR

21

Costo Político y Saldo Social Argentina: una Economía en Crisis

Por SUSANA MAYO REYNAL

—VII—

Hemos analizado en artículos anteriores el proceso de desestatización que llevó al cabo el Estado Argentino. Importantes empresas entraron en proceso de privatización. En el caso de no encontrarse comprador serían liquidadas.

Esta política económica se basó en la afirmación del principio de la igualdad de oportunidades, de la libertad, de la competencia y del ejercicio de ambos con responsabilidad. Esto llevará —se afirma— al incentivo de la inversión, a la renovación tecnológica, al progreso industrial, a los costos competitivos para la atención del consumo nacional a precios adecuados y al acceso a los mercados internacionales para lograr la economía de escala.

El ex ministro de Economía afirma: "Con respecto a las importaciones, hemos eliminado prohibiciones, licencias y cuotas y hemos establecido un programa gradual de reducción arancelaria para evitar y corregir la sobreprotección a que me refería y volver a incentivar la reinversión de las utilidades en la industria, el espíritu de competencia y la absorción de la moderna tecnología" (discurso del doctor José A. Martínez de Hoz en las deliberaciones anuales conjuntas del Fondo Monetario Internacional, Washington, octubre de 1980).

Se dice también "no" a la economía cerrada y a la autarquía industrial. No se debe tratar de producir todo y de todo en el país. La apertura económica permite no sólo la competencia, sino una mayor especialización en la eficiencia, para aprovechar las ventajas de la moderna división del trabajo.

Todas estas afirmaciones tienen no sólo impli-

SIGUE EN LA PAGINA OCHO

Argentina: una Economía

Sigue de la página cuatro

caciones económicas, "cambio de perfil del país", "cambio de filosofía", "cambio estructural", sino también obviamente plantean profundos cambios políticos. A continuación veremos el alcance de ellos.

Desde el inicio de la gestión económica de Martínez de Hoz, el sector más afectado fue la clase obrera. Los trabajadores argentinos históricamente se caracterizaron por su alto grado de combatividad, y a partir de la segunda mitad de este siglo se nuclearon alrededor de dos ejes vertebradores: la figura del general Juan Domingo Perón y la Confederación General del Trabajo (CGT). Ambos ejes, el líder y la organización, fueron el muro contra el que se estrelló cualquier política antipopular.

Como señaló John William Cocke, uno de sus más destacados ideólogos, el peronismo fue "el hecho maldito del país burgués".

El plan económico inaugurado por Martínez de Hoz no era viable a través de un esquema en el cual participaran todas las fuerzas políticas del país y, en especial, la clase obrera. Fue un plan autoritario, impuesto a la fuerza. Sólo pudo ser llevado al cabo mediante la desarticulación de la Confederación General del Trabajo, la disolución de sindicatos, la persecución a líderes obreros y, en general, una política de terror, enmarcada dentro de lo que los altos jefes militares denominan una "guerra sucia".

Pero si bien la clase trabajadora fue la más afectada, no fue la única. Los amplios sectores medios que componen la sociedad argentina (pequeños y medianos productores, burócratas y profesionales en general) en la actualidad se ven seriamente perjudicados en su nivel de ingreso y condenados al ostracismo político.

Con anterioridad al golpe del 24 de marzo de 1976, la tasa de distribución de la riqueza era una de las más altas de América Latina. Posteriormente, la gestión de Martínez de Hoz produjo la pauperización de todos los sectores vinculados a la producción en cualquiera de sus formas. De esa manera, no es de extrañar que conferencias de prensa realizadas por empresarios concluyeran con la intervención de la policía.

Pero lo más ilustrativo de esta situación es que, a pesar de estar prohibido el derecho de huelga, importantes sectores obreros, como lo son los metalúrgicos, electricistas y ferroviarios han manifestado su desacuerdo a través de paros cada vez más importantes que llevaron al flamante Presidente argentino, general Viola, a aceptar un inicio de diálogo con dirigentes obreros.